

Nueva
Biblioteca
de la Libertad
39

THOMAS J. DILORENZO

EL
VERDADERO
LINCOLN

UNA NUEVA VISIÓN
DE ABRAHAM LINCOLN,
SU PROGRAMA
Y UNA GUERRA INNECESARIA



Unión Editorial



INSTITUTO
JUAN D. MARIANA

NUEVA BIBLIOTECA DE LA LIBERTAD

Colección dirigida por

Jesús Huerta de Soto

EL VERDADERO
LINCOLN



ABRAHAM LINCOLN

THOMAS J. DILORENZO

EL VERDADERO LINCOLN

UNA NUEVA VISIÓN
DE ABRAHAM LINCOLN,
SU PROGRAMA
Y UNA GUERRA INNECESARIA



Unión Editorial



INSTITUTO
JUAN D. MARIANA

Titulo original: *The Real Lincoln: A New Look at Abraham Lincoln, His Agenda, and an Unnecessary War*, 2002

Traducción de Mariano Bas Uribe

© 2002 Thomas J. DiLorenzo
© 2008 INSTITUTO JUAN DE MARIANA

UNIÓN EDITORIAL, S.A.
c/ Martín Machío, 15 • 28002 Madrid
Tel.: 91 350 02 28 • Fax: 91 181 22 12
Correo: info@unioneditorial.net
www.unioneditorial.es

Impreso por GRÁFICAS MURIEL, S.A.
Encuadernado por SUCESORES DE FELIPE MÉNDEZ, S.L.

ISBN: 978-84-7209-453-6

Depósito legal: M. xx.xxx-2008

Impreso en España - *Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	13
PREFACIO	15
PRÓLOGO	19
CAPÍTULO 1. PRESENTACIÓN	23
CAPÍTULO 2. LA OPOSICIÓN DE LINCOLN	
A LA IGUALDAD RACIAL	31
I. Lincoln y la colonización	36
II. La oposición de Lincoln a la extensión de la esclavitud	40
III. Actitudes del Norte respecto de la raza	43
CAPÍTULO 3. ¿POR QUÉ NO HUBO UNA EMANCIPACIÓN PACÍFICA?	51
I. El contexto militar	55
II. La respuesta del Norte a la Declaración	59
III. La emancipación en el mundo	62
CAPÍTULO 4. EL VERDADERO PROGRAMA DE LINCOLN	69
I. Henry Clay y los <i>whigs</i>	75
II. Lincoln, el <i>whig</i>	80
III. El fomento interno desde una perspectiva histórica	87
IV. Derroche, fraude y corrupción	90

CAPÍTULO 5. EL MITO DE LA SECESIÓN	
COMO «TRAICIÓN»	93
I. Los secesionistas de Nueva Inglaterra	99
II. La Confederación Central	105
III. La secesión y la opinión pública en el Norte	109
IV. La «espectacular mentira» de Lincoln	113
V. La segunda secesión americana	122
CAPÍTULO 6. ¿FUE LINCOLN UN DICTADOR?	129
I. Suspensión del <i>habeas corpus</i>	132
II. Supresión de elecciones libres	138
III. Supresión de la prensa	140
IV. Secesión inconstitucional de Lincoln	143
V. «Serie de abusos» de Lincoln	143
VI. Deportar a un oponente político	147
VII. La mayor ejecución en masa de la historia de Estados Unidos	149
VIII. La reversión constitucional en la profesión del historiador	150
CAPÍTULO 7. HACIENDO LA GUERRA A LOS CIVILES	161
I. Las reglas de la guerra	163
II. Atacando a los civiles	165
III. Sherman	168
IV. El incendio por Sheridan del valle de Shenandoah	180
CAPÍTULO 8. RECONSTRUYENDO ESTADOS UNIDOS:	
EL LEGADO POLÍTICO DE LINCOLN	185
I. La visión revisionista de la Reconstrucción	186
II. La política de la Reconstrucción	189
III. El saqueo político del Sur	194
IV. El monopolio del Gobierno	200
V. ¿Qué revisaron los revisionistas?	208
CAPÍTULO 9. EL GRAN CENTRALIZADOR: EL LEGADO	
ECONÓMICO DE LINCOLN	211
I. Aranceles proteccionistas	213
II. Fomento interno (de nuevo)	220
III. Por fin, un sistema bancario nacionalizado	225
IV. El nacimiento de la burocracia de la Hacienda Pública ...	227

ÍNDICE

CAPÍTULO 10. LOS COSTES DE LA GUERRA DE LINCOLN	231
I. La muerte del federalismo	236
II. ¿Qué hubiera pasado si se hubiera dejado que el Sur se fuera pacíficamente?	242
III. Esclavitud	244
CAPÍTULO 11. EPÍLOGO. RESPUESTAS A LAS CRÍTICAS	
A LA PRIMERA EDICIÓN	249
I. Lo más absurdo de todo: apelar a Hitler como justificación	251
II. Falsificando <i>El verdadero Lincoln</i>	254
III. Reescribiendo la historia estadounidense	257
IV. La política y la economía de la esclavitud	260
V. La revolución antijeffersoniana de Lincoln	265

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo se desarrolló a partir de un discurso que di sobre «Abraham Lincoln como progenitor» del Estado americano del siglo xx en la conferencia del decimoquinto aniversario del Instituto Mises en Atlanta, en noviembre de 1997. Me gustaría agradecer a Lew Rockwell, Jeff Tucker y al resto del personal del Instituto por haberme ofrecido un foro donde discutir estas ideas y publicar parte de mis primeros trabajos.

También me gustaría agradecer a Robert Higos, editor de la *Independent Review* —del Independent Institute de Oakland, California—, el haber publicado mi ensayo *El gran centralizador: Abraham Lincoln y la Guerra de Secesión*, en el número de julio de 1998 de la revista. Las indicaciones de dos críticos casuales anónimos también fueron muy útiles. Ese ensayo formó la columna vertebral del presente libro.

El anterior responsable de compras de Prima Publishing, Steven Martin, me sugirió que escribiera el libro y se lo agradezco. También quiero expresar mi gratitud por el apoyo financiero a mi investigación, ofrecido por la Fundación Earhart y la Escuela Sellinger de Negocios y Gestión de la Universidad de Loyola.

Mi mujer, Stacey, me ofreció un enorme apoyo y ánimo, como siempre, pero aún no voy a incluirla como coautora.

PREFACIO

En el presente libro se demuestra cómo Abraham Lincoln, lejos de ser el héroe antiesclavista y adalid de la democracia que se nos presenta en múltiples historias y biografías hagiográficas, fue un político sin escrúpulos, estatalista y centralizador, que no dudó en llevar a su país a una innecesaria y sangrienta guerra con tal de ver culminadas sus aspiraciones políticas.

Que la Guerra de Secesión de Estados Unidos poco o nada tuvo que ver con la abolición de la esclavitud es algo ya dilucidado por los historiadores más imparciales; tres botones de muestra bastan para corroborarlo: 1) la trayectoria antiabolicionista de Lincoln a lo largo de toda su carrera política; 2) la oferta realizada por Lincoln a los Estados del Sur, en virtud de la cual ofreció consolidar constitucionalmente sus respectivos regímenes de esclavitud a cambio de que renunciaran a su derecho de secesión, y 3) que la famosa *Emancipation Act* fuera una simple arma de guerra promulgada a regañadientes cuando la evolución del conflicto bélico no parecía favorable para el Norte, y con la precisión de que sólo entraba en vigor en los Estados esclavistas del Sur (y no así en los esclavistas del Norte).

Menos conocida, pero no por ello menos importante, es la serie de actos de tiranía que en ningún momento Lincoln dudó en llevar a cabo para conseguir sus fines, y que se encuentran cumplidamente documentados y analizados en el presente libro. Entre ellos podemos destacar los siguientes: a) la iniciación de la conquista e invasión militar del Sur sin el consentimiento del Congreso de los Estados Unidos; b) la suspensión del *habeas corpus* y de las garantías de la Constitución que Lincoln decía defender; c) la detención y encarcelamiento sin juicio de miles de ciudadanos de los Estados del Norte simplemente por el mero hecho de oponerse a su política de opresión; d) el establecimiento de la censura en las comunicaciones telegráficas; e) el cierre de los periódicos y la detención de los editores

que no simpatizaban con su causa; f) la nacionalización forzosa de los ferrocarriles; g) la utilización del ejército de la Unión para condicionar el resultado de las elecciones; h) la confiscación de las armas de fuego; i) la deportación sin juicio de congresistas (como Clement L. Vallandigham) simplemente por oponerse a sus propuestas fiscales en actos de campaña política; etc., etc.

Todas estas atrocidades, y muchas más, fueron cometidas por un Lincoln que, maestro de la manipulación y disuasión, era capaz de ocultarlas con una retórica impecable (piénsese, por ejemplo, en la famosa *Gettysburg Address*), presentándose siempre a sí mismo como el gran padre de la patria, defensor de las más íntimas esencias de la democracia americana.

Y sin embargo, ni Lincoln encarnó los ideales constitucionalistas americanos ni fue un adalid del liberalismo, sino más bien todo lo contrario. Los Estados Unidos nacieron precisamente como resultado del ejercicio del derecho de autodeterminación y secesión de las colonias americanas frente a los continuos actos de estatismo y tiranía del rey de Inglaterra; derechos de autodeterminación y secesión pisoteados y burlados por el propio Lincoln menos de cien años después de la Declaración de Independencia. Y es que, frente al estatismo proteccionista y centralizador representado por Lincoln y por el Partido Republicano, los Estados del Sur se levantaron para defender su derecho a mantener libre de aranceles sus fronteras, defender la libertad de comercio y bloquear la perversa simbiosis entre Gobierno Federal y los beneficiarios de subvenciones y ayudas de todo tipo que, so pretexto de mejorar infraestructuras y comunicaciones, pretendían crear un fuerte complejo militar-industrial apoyado al máximo por Washington en detrimento del poder descentralizado de cada Estado. En suma, Lincoln representó el triunfo de la planificación estatista y centralizadora de Hamilton y Henry Clay, frente al liberalismo descentralizador verdaderamente democrático de Jefferson, Madison y Monroe.

Y este triunfo del estatismo frente a la libertad en la Guerra de Secesión americana no dejaría de tener importantísimas y muy negativas influencias en la historia posterior de la humanidad, tal y como el católico liberal inglés Lord Acton ya puso de manifiesto en su correspondencia con el general sudista Robert E. Lee. En efecto, para Acton, el Sur estaba luchando, sin duda, por la libertad, el progreso y la civilización, y el triunfo del Norte habría de suponer el surgimiento de un nuevo imperio, más centralista y despótico en su interior y muy agresivo en sus relaciones internacionales (como posteriormente se pondría de manifiesto desde la

guerra hispano-norteamericana de 1898 hasta en muchos de los últimos conflictos bélicos protagonizados por Estados Unidos ya en nuestro tiempo). Y todo ello sin considerar el ejemplo perverso que supuso la utilización, por primera vez en la historia de la humanidad, de las estrategias bélicas genocidas y de «tierra quemada» impuestas por Lincoln sobre los Estados del Sur, y posteriormente reproducidas por Grant, Sherman y Sheridan, en contra de las tribus indias de las grandes llanuras, so pretexto de ahorrar unos dólares a las empresas de ferrocarriles paniaguadas del Gobierno Federal (no ocurrió así con las empresas privadas que no recibían subvenciones y que llegaron a acuerdos pacíficos con los indios, comprándoles las tierras que atravesaban).

Todos estos extremos son estudiados con gran brillantez y coherencia intelectual por Thomas J. DiLorenzo en el libro que el lector tiene en sus manos. Sin embargo, hay un aspecto que el autor no trata —sino que, en el mejor de los casos, tan sólo insinúa— muy posiblemente porque se prestaría a múltiples malentendidos y podría llegar a hacer insoportable para las generaciones actuales su ya elevado grado de incorrección política. Me refiero a la posible aplicación de la doctrina del tiranicidio de nuestros escolásticos, y en particular del padre Juan de Mariana,¹ al asesinato de Lincoln. Como es sabido, Abraham Lincoln fue elegido para un segundo mandato presidencial en 1864, tomando posesión en enero de 1865. El 14 de abril de 1865, tan sólo cinco días después de la rendición del ejército confederado en Appomatox, Lincoln fue asesinado durante una representación teatral de la obra *Our American Cousin* por John Wilker Booth, al grito de: «Sic temper tyrannis» («hágase siempre así con los tiranos»), añadiendo después, en inglés: «¡El Sur está vengado!». Booth era un actor teatral de simpatías sudistas, especializado en papeles clásicos griegos y romanos, que sabía latín y estaba sin duda al tanto de las doctrinas clásicas sobre la libertad en Grecia y en la república romana, y en contra de la tiranía de dictadores como Ciro de Persia, Filipo de Macedonia, Alejandro Magno o Julio César. Recordemos, por su parte, que para el padre Juan de Mariana era lícito que cualquier ciudadano, agotados los remedios pacíficos, asesinara a todo tirano que no respetase la propiedad de sus súbditos, impidiera la reunión de sus legítimos representantes, envileciera la

¹ Debe recordarse, para orgullo de los españoles, que el gran padre del constitucionalismo norteamericano, Thomas Jefferson, recomendaba a todos aquellos que le pedían consejo la lectura de la monumental *Historia de España* del padre Juan de Mariana, como obra histórica modelo por su enfoque basado en la defensa de la libertad del ser humano frente a todo tipo de tiranías.

moneda o estableciera impuestos sin su autorización, emprendiera cuantiosos gastos en obras públicas faraónicas y otros fines injustificados, o llevara a sus ciudadanos a guerras sangrientas e injustas. La doctrina del padre Juan de Mariana fue utilizada en su día para justificar el asesinato de los reyes Borbones tiranos franceses Enrique III y Enrique IV, y no nos debería sorprender que un actor culto como Booth pudiese estar al tanto de toda esta tradición y pensara que estaba efectuando un acto justo y necesario con su acción. Cosa distinta es que la simple venganza no es justificación, según Mariana, para asesinato alguno, y que, en todo caso, también es preciso evaluar en términos consecuencialistas si la eliminación del supuesto tirano habría de tener o no algún efecto beneficioso (por ejemplo, Booth y los asesinos de Julio César poco o nada lograron de cara a la recuperación de las libertades republicanas en los Estados Unidos y en Roma, si bien pocos dudarían de la legitimidad de los intentos de asesinato realizados en la persona de Hitler y otros tiranos genocidas de la historia más reciente). En todo caso, está muy lejos de nosotros el querer pontificar sobre un tema tan delicado desde el punto de vista moral, y dejaremos que sea el lector el que llegue a sus propias conclusiones, siquiera sean provisionales, sobre este tema tan trascendental.

JESÚS HUERTA DE SOTO
Formentor, lunes 14 de agosto de 2006

PRÓLOGO

En 1831, mucho antes de la Guerra de Secesión, el senador por Carolina del Norte John C. Calhoun dijo: «Despojada de todo lo que la cubre, la cuestión desnuda es si nuestro sistema es un Gobierno Federal consolidado, constitucional o absoluto, un gobierno que descansa sólidamente sobre la base de la soberanía de los Estados o de la opinión ilimitada de la mayoría, una forma de gobierno, como en todas las que no tienen limitaciones, en la cual la injusticia, la violencia y la fuerza acabarán prevaleciendo». La Guerra de Secesión contestó a esta cuestión y produjo la base para el tipo de gobierno que tenemos hoy: consolidado y absoluto, basado en la opinión ilimitada de la mayoría, con la fuerza, las amenazas y la intimidación a la orden del día.

El Gobierno Federal de hoy es considerablemente distinto del que pensaron los redactores de la Constitución. Thomas J. DiLorenzo explica cómo sucedió esto en *El verdadero Lincoln: Una nueva visión de Abraham Lincoln, su programa y una guerra innecesaria*.

Como documenta DiLorenzo (en contra de la idea convencional, de los libros sobre Lincoln y las lecciones impartidas en escuelas y universidades), en la Guerra de Secesión no se luchó contra la esclavitud. Aunque hubiera sido así, naturalmente aparece la pregunta: ¿por qué hubo una guerra tan costosa e inacabable? La esclavitud africana existía en muchas partes del mundo occidental, pero allí no hicieron falta guerras para acabar con ella. Decenas de países, incluyendo las posesiones territoriales británicas, francesas, portuguesas y españolas, acabaron pacíficamente con la esclavitud a finales del siglo XVIII y durante el siglo XIX. Países como Venezuela y Colombia tuvieron conflictos porque la emancipación de esclavos fue simplemente una excusa para revolucionarios que buscaban obtener el poder y no motivados por la esclavitud *per se*.

Las afirmaciones directas de Lincoln indican su apoyo a la esclavitud. Defendió el derecho de los propietarios de esclavos a su propiedad, diciendo: «Cuando nos recuerdan su derecho constitucional [a tener

esclavos], estoy de acuerdo con ellos sin reticencias, completa y directamente, y les daría la legislación para reclamar a sus fugitivos» (refiriéndose al Acta de Esclavos Fugitivos de 1850).

La Declaración de Emancipación de Abraham Lincoln fue poco más que un truco político, y así lo admitió en una carta al secretario del Tesoro, Salmon P. Chase: «La declaración original no tenía (...) justificación legal alguna, excepto como medida militar». El secretario de Estado, William Seward, dijo: «Mostramos nuestra simpatía por la esclavitud emancipando esclavos allí donde no podemos llegar a ellos y manteniéndolos en ella allí donde podemos liberarlos». Seward estaba reconociendo el hecho de que la Declaración de Emancipación se aplicara sólo en los Estados rebeldes y no en el resto de los Estados.

Los únicos costes de la Guerra de Secesión no fueron las 620.000 muertes en los campos de batalla, de un total de 30 millones de habitantes (en términos de población de hoy día, sería el equivalente a 5 millones de muertes en la guerra). El otro coste de importancia vital fue un cambio en las características de nuestro sistema político, que se transformó en algo que temían gente como Jefferson, Madison, Monroe, Jackson y Calhoun (un sistema en que los Estados perdían la mayor parte de su soberanía a favor del gobierno central). Thomas Jefferson consideraba como la principal salvaguarda de las libertades del pueblo «el apoyo de los gobiernos de los Estados con todos sus derechos, como las administraciones más competentes para nuestros asuntos domésticos y los más seguros baluartes contra tendencias antirrepublicanas».

Si el Gobierno Federal se impone sobre los derechos constitucionales de la gente y de los Estados, ¿qué opciones quedan? En una palabra: su derecho de secesión. La mayoría de los estadounidenses de hoy creen, igual que Abraham Lincoln, que los Estados no tienen derechos de secesión, pero eso es falso. DiLorenzo ofrece numerosas pruebas de que desde la misma fundación de nuestra nación el derecho de secesión se veía como un derecho natural del pueblo y un último control sobre el abuso del gobierno central. Por ejemplo, en la convención de ratificación de Virginia, los delegados afirmaron que «los poderes otorgados bajo la Constitución que derivan del pueblo de los Estados Unidos pueden reasumirse por él cuando ésta se vea pervertida por la injusticia o la opresión». En su primer discurso de toma de posesión (1801), Thomas Jefferson declaraba: «Si hay alguien entre nosotros que desee disolver esta Unión o cambiar su forma republicana, dejémosle tranquilo como muestra de la seguridad con la que el error de opinión puede tolerarse allí donde la razón está libre para combatirlo». Jefferson estaba defendiendo

los derechos de libre expresión y de secesión. Alexis de Tocqueville observaba en *La Democracia en América*: «La Unión se formó por el acuerdo voluntario de los Estados, y al unirse no han renunciado a una nacionalidad, aunque sí se han visto reducidos a la condición de un único pueblo. Si uno de los Estados elige separarse del grupo, sería difícil denegarle su derecho a hacerlo, y el Gobierno Federal no tendría medio de mantener sus reclamaciones directamente por fuerza o derecho». El derecho de secesión también tenía arraigo popular. DiLorenzo cita un editorial tras otro de periódicos que defienden el derecho de secesión, y —lo que es más importante aún— se refiere a periódicos del Norte. De hecho, el primer movimiento secesionista empezó en el Norte, mucho antes de que empezaran los disparos en Fort Sumter. Los Estados de Nueva Inglaterra debatieron sobre la secesión durante la Convención de Hartford de 1814-1815.

Las intenciones de Lincoln, así como las de muchos políticos del Norte, fueron resumidas por Stephen Douglas durante los debates del Senado. Douglas acusó a Lincoln de querer «imponer a la nación unas leyes e instituciones locales uniformes y una homogeneidad moral dictada por el gobierno central», que «desafiaría las intenciones de los fundadores de la república». Douglas tenía razón, y la visión de Lincoln sobre nuestra nación se ha realizado hasta un punto que él seguramente nunca pudo soñar.

La Guerra de Secesión dilucidó por medio de la fuerza si los Estados podían separarse. Una vez establecido que no podían, el Gobierno Federal, animado por un Tribunal Supremo que no deseaba sujetarle a sus restricciones constitucionales, fue capaz de pasar por encima de los derechos estatales, hasta el punto de que las medidas de las Enmiendas Novena y Décima significan poco o nada en la actualidad. La guerra no sólo puso las bases para una eventual anulación o debilitamiento de las protecciones constitucionales contra abusos del gobierno central, sino que también dejó de lado el importante principio enunciado en la Declaración de Independencia de que «los gobiernos se instituyen entre hombres, derivando sus justos poderes del consentimiento de los gobernados».

El verdadero Lincoln contiene evidencias irrefutables de que el título más apropiado para Lincoln no es el de Gran Emancipador, sino el de Gran Centralizador.

WALTER E. WILLIAMS

*Profesor de Economía de la Cátedra John M. Olin
(Universidad George Mason) y columnista sindicado nacional*

CAPÍTULO 1

PRESENTACIÓN

Cualquiera que se lance a hacer un estudio sobre Abraham Lincoln (...) debe en primer lugar tener en cuenta el mito de Lincoln. El esfuerzo por traspasar la corteza que rodea a Lincoln (...) es a la vez una tarea formidable e intimidante. Lincoln, al parecer, requiere consideraciones especiales que se niegan a otras figuras...

ROBERT W. JOHANSEN
Lincoln, The South, and Slavery

Probablemente se hayan escrito más palabras sobre Abraham Lincoln que sobre cualquier otra figura política americana. De acuerdo con algunas fuentes, se han escrito más de 16.000 libros, virtualmente sobre todos los aspectos de la vida pública y privada de Lincoln. Pero mucho de lo que se ha escrito acerca de Lincoln son mitos, como advirtió el biógrafo de Lincoln y ganador de un Pulitzer, David Donald, en su libro de 1961, *Lincoln Reconsidered*. Al menos Donald intentó aclarar las cosas en parte, pero la historiografía sobre Lincoln se ha vuelto en décadas sucesivas aún más sospechosa, si cabe.¹ Cualquiera que profundice en esta historiografía con una mente abierta e interés por la verdad no tiene más remedio que asombrarse por los extremos fantásticos a los que ha llegado una completa industria de «expertos en Lincoln» para perpetuar incontables mitos e interpretaciones cuestionables de los hechos. Muchos de esos mitos se examinarán en este libro.

A los ojos de muchos estadounidenses, Lincoln sigue siendo la figura política estadounidense más importante de su historia, ya que la Guerra

¹ DAVID DONALD, *Lincoln Reconsidered* (Nueva York: Vintage Books, 1961).

de Secesión transformó fundamentalmente la naturaleza del gobierno de Estados Unidos. Antes de la guerra, el gobierno en Estados Unidos era el gobierno limitado y altamente descentralizado establecido por sus fundadores. La guerra creó el Estado altamente centralizado en el que se mueven los estadounidenses hoy día. El propósito del gobierno estadounidense se transformó de la defensa de la libertad individual a la consecución de un imperio. Como ha observado el historiador Richard Bense, cualquier estudio de los orígenes de Estados Unidos no debería empezar antes de 1865.²

Este aspecto de la Guerra de Secesión ha sido siempre minimizado o incluso ignorado, por el énfasis que se ha dado al importante asunto de la esclavitud. Lincoln será por siempre conocido como el Gran Emancipador. Pero para entender al verdadero Lincoln debemos darnos cuenta de que durante sus veintiocho años en política antes de llegar a ser presidente, fue casi siempre un decidido devoto de un programa económico que Henry Clay denominó «el Sistema Americano». Desde el primer día de 1832, en que anunció que se iba a presentar para la asamblea legislativa de Illinois, Lincoln expresó su fidelidad a la causa de los aranceles proteccionistas, las subvenciones vía impuestos para ferrocarriles y otras corporaciones («fomento interno») y la nacionalización de la oferta monetaria que facilitara el pago de las subvenciones.

Lincoln trabajó de forma asombrosa en las trincheras políticas de los partidos *wigh* y Republicano durante cerca de tres décadas a favor de este programa económico, pero sólo con pequeños éxitos. La Constitución se interponía en el camino del programa económico *wigh*, ya que un presidente estadounidense tras otro vetaron la subvención interna y los billetes de banco nacionales. Empezando por Jefferson, Madison y Monroe, los estadistas sureños estaban siempre en vanguardia de la oposición a este programa económico. De acuerdo con Mark Nelly Jr., experto en Lincoln, éste rumió su frustración durante muchos años porque la Constitución se interponía en el camino hacia sus ambiciones políticas.

Lincoln pensaba en sí mismo como en el heredero de la tradición política hamiltoniana, que pretendía un sistema gubernamental mucho más centralizado, que pudiera planificar el desarrollo económico con subvenciones a corporaciones financiadas con aranceles proteccionistas

² RICHARD BENSEL, *Yankee Levitahan: The Origins of Central State Authority in America, 1859-1877* (Cambridge: Cambridge University Press, 1990).

y la emisión de moneda por parte del gobierno central. Este programa tuvo poco éxito político durante los primeros setenta años de la existencia de la nación, pero fue implantado totalmente durante los primeros años de la administración Lincoln. Era el verdadero programa de Lincoln.

Roy Basler, el editor de las *Obras Completas* de Lincoln, ha escrito que Lincoln apenas se refirió nunca al asunto de la esclavitud antes de 1854, e incluso entonces no parecía sincero.³

El capítulo 2 de nuestro libro investiga las dudas que muchos otros también han expresado acerca del supuesto compromiso de Lincoln con la igualdad racial. El estadounidense medio (que no ha dedicado mucho tiempo a leer los discursos de Lincoln, pero ha aprendido cosas sobre él a través del filtro de los «expertos en Lincoln») se sorprenderá o incluso se indignará ante algunas de sus palabras o acciones. Dijo una y otra vez que se oponía a la igualdad política o social de las razas; no era un abolicionista, sino que criticaba esta doctrina y se distanciaba de ella, y sus medios primordiales para abordar los problemas raciales fueron intentar enviar a todos los negros estadounidenses a África, Haití o América Central (en cualquier sitio, excepto en Estados Unidos).

El capítulo 2 también demuestra hasta qué punto las ideas de Lincoln sobre la raza coincidían con las de la inmensa mayoría de los blancos del Norte, que discriminaban a los negros libres tan severamente que bastantes Estados, incluyendo Illinois, del que procedía Lincoln, enmendaron sus Constituciones para prohibir la emigración de personas de color a esos Estados. Estos hechos generan serias dudas acerca de hasta qué punto la injusticia racial del Sur impulsó a Lincoln y al Partido Republicano a emprender una larga y sangrienta guerra.

El capítulo 3 expone una cuestión crucial que casi nadie ha abordado en profundidad: ¿por qué Lincoln no hizo lo que gran parte del resto del mundo en el siglo XIX para terminar con la esclavitud y por qué no acabó con la esclavitud pacíficamente a través de una emancipación compensada? Entre 1800 y 1860, decenas de países, incluyendo todo el imperio británico, acabaron pacíficamente con la esclavitud; sólo en los Estados Unidos hubo una guerra. Es muy posible que la mayoría de los estadounidenses, si se les hubiese dado una oportunidad,

³ ROY P. BASLER, editor, *Abraham Lincoln: His Speeches and Writings* (Nueva York: Da Capo Express, 1946).

hubieran apoyado de buen grado una emancipación compensada como forma de acabar con la esclavitud, en contraste con los casi inimaginables costes de la guerra: 620.000 muertes, miles más mutilados de por vida y la casi total destrucción de aproximadamente el 40 por ciento de la economía nacional. Actualizando los datos a la población actual, que es de unos 280 millones (comparados con los 30 millones de 1865), resultaría una cifra aproximadamente equivalente a 5 millones de muertes: alrededor de cien veces el número de estadounidenses muertos en Vietnam.

El capítulo 4 esboza el verdadero programa de Lincoln: el «Sistema Americano» de Henry Clay. Durante toda su vida política, Lincoln fue fiel a Clay y a su programa económico. El debate sobre su programa económico puede decirse que fue el más importante políticamente durante los primeros setenta años de existencia de la nación. Afectó a los más prominentes estadistas de la nación y enfrentó a los jeffersonianos, partidarios de los derechos de los Estados, contra los hamiltonianos, centralistas (éstos se convirtieron en *whigs* y después en republicanos). La violencia de la guerra acabó finalmente el debate en 1861.

El capítulo 5 debate la larga historia del derecho de secesión en Estados Unidos, que comienza con la Declaración de Independencia, que se considera adecuadamente como una «Declaración de Secesión» de Inglaterra. Los federalistas de Nueva Inglaterra intentaron una y otra vez separarse de la Unión después de que Thomas Jefferson fuera elegido presidente, en 1800. Hasta 1861, la mayoría de los comentaristas, del Norte y del Sur, daban por sentado que los Estados tenían derecho de secesión. Esta doctrina se enseñaba hasta a los cadetes de West Point, incluyendo a casi todos los principales jefes militares de ambos bandos en conflicto durante la Guerra de Secesión.

La insistencia de Lincoln en que no existía ese derecho no tenía base, en absoluto, en la historia o en los hechos. Esencialmente inventó una nueva teoría (la de que el Gobierno Federal creaba los Estados, que por tanto eran soberanos) e inició la guerra más sangrienta de la historia mundial con el fin de *probar* que tenía razón.

El capítulo 6 se ocupa de la extraña naturaleza de la afirmación de tantos expertos en Lincoln de que éste «salvó» la Constitución suspendiendo las libertades constitucionales *en el Norte* a lo largo de toda su administración. Supuestamente, tuvo que destruir las libertades constitucionales para poder preservarlas. Bastantes expertos en Lincoln le han etiquetado como «dictador» por emprender una invasión militar sin consentimiento del Congreso, suspender el *habeas corpus*, encarcelar a

miles de ciudadanos del Norte sin juicio simplemente por oponerse a sus políticas, censurar todas las comunicaciones telegráficas y encarcelar a decenas de editores de periódicos opositores, nacionalizar los ferrocarriles, utilizar tropas federales para interferir en elecciones, confiscar armas de fuego y deportar a un miembro de la oposición del Congreso, Clement L. Vallandigham, porque se opuso a la propuesta de impuesto sobre la renta de Lincoln en un mitin del Partido Demócrata en Ohio.

Aunque muchos hayan calificado como «dictatoriales» estos actos, normalmente añaden que Lincoln fue un dictador «bueno» o «benevolente». En realidad, estos precedentes hicieron un daño irreparable a las libertades constitucionales en Estados Unidos. Algunos escritores, como el historiador Gary Wills y el profesor de Derecho de la Universidad de Columbia George P. Fletcher, han manifestado su aprobación al ataque de Lincoln a las libertades constitucionales porque creen que la Constitución se interponía en el camino hacia su querido objetivo de «igualitarismo». Celebran abiertamente el hecho de que Lincoln abriera camino al subvertir el gobierno constitucional en Estados Unidos.

Además de abandonar la Constitución, la administración Lincoln estableció otro siniestro precedente al decidir desechar la ley internacional y el código moral aceptado por las sociedades civilizadas y empezar una guerra contra civiles. El general William Tecumseh Sherman anunció que, para los secesionistas (todos ellos, incluidos mujeres y niños), «la muerte es una bendición». El capítulo 7 detalla cómo Lincoln desechó las normas de guerra comúnmente aceptadas, que acababan de codificarse en la Convención de Ginebra de 1863. Lincoln gestionó muy bien y con todo detalle el esfuerzo de la guerra, y la quema de pueblos enteros del Sur fue un rasgo esencial de su estrategia de guerra.

El legado político de Lincoln se investiga en el capítulo 8, en el sentido de cómo, durante la Reconstrucción (1865-1877), el Partido Republicano, en esencia, saqueó el Sur durante doce años más, al instituir gobiernos títeres que incrementaban los impuestos constantemente, pero ofrecían muy pocos beneficios públicos. Mucho dinero fue simplemente robado por activistas y hombres de negocios del Partido Republicano. Se dio inmediatamente el derecho de voto en el Sur a los hombres ex esclavos adultos (aun a pesar de que los blancos no podían votar en muchos Estados del Norte), a la vez que se quitaba ese derecho a la mayoría de los hombres blancos del Sur. El antiguo general de la Unión y editor de

periódicos Donn Piatt, un confidente cercano a Lincoln, expresó la opinión de que utilizar a los ex esclavos como peones políticos de una forma tan corrupta emponzoñaba sin arreglo las relaciones raciales en el Sur, en un momento en que la reconciliación racial debería haber sido el objetivo principal. La política de Lincoln de aplastar a los disidentes con abundantes medios militares continuó tras la guerra por parte del Gobierno Federal con la erradicación de los indios de las llanuras mediante los mismos generales que dirigieron las acciones de guerra del Norte (en particular, Grant, Sherman y Sheridan). El propósito indicado en esta campaña contra los indios de las llanuras fue abrir paso a los ferrocarriles transcontinentales, subvencionados por el gobierno. La consecución del imperio se había convertido en el objetivo principal del gobierno de Estados Unidos.

El capítulo 9 describe el legado económico de Lincoln: la aplicación del «Sistema Americano» de Henry Clay. Los estadistas del Sur se habían opuesto a este sistema durante décadas, porque no veían en él más que el sistema «mercantilista» corrupto que prevaleció en Inglaterra durante el siglo XVIII y principios del XIX, y no querían saber nada de él. De hecho, muchos de los colonos originales huyeron a América para escapar de ese mismo sistema. La oposición del Sur al «Sistema Americano» era tan poderosa que la Constitución confederada prohibió tanto los aranceles proteccionistas como las subvenciones al fomento interno. La guerra de Lincoln creó el «complejo bélico-industrial» unos noventa años antes de que el presidente Eisenhower acuñara el término.

La notoria corrupción de las Administraciones Grant fue una consecuencia inevitable del éxito de Lincoln en imponer durante la guerra el «Sistema Americano» en la nación. La «era de los buenos robos», como la ha descrito un historiador, probó que las preocupaciones de los estadistas del Sur, de Thomas Jefferson a Jefferson Davis, tenían mucho fundamento.

El capítulo 10 explica cómo la muerte del federalismo (el sistema descentralizado de gobierno establecido por los padres fundadores) fue quizá el coste más grande de la guerra de Lincoln. Aunque generalmente se atribuye a Lincoln «salvar la Unión», en realidad *destruyó* la idea de la Unión como asociación *voluntaria* de Estados, al forzar a los Estados del Sur a seguir en ella a punta de pistola. Puede decirse que Lincoln salvó la Unión sólo en un sentido geográfico.

Lincoln no inició una invasión del Sur para acabar con la esclavitud. Dijo una y otra vez que su propósito principal era «salvar la Unión», lo que es otra forma de decir que quería abolir los derechos de los Estados

PRESENTACIÓN

de una vez para siempre. Podría haber acabado con la esclavitud tal como hicieron decenas de otros países en el mundo en los primeros sesenta años del siglo XIX, mediante una emancipación compensada, pero nunca intentó seriamente hacerlo. No era necesaria una guerra para liberar a los esclavos, pero era necesaria para destruir el control más significativo de los poderes del gobierno central: el derecho de secesión.

Abraham Lincoln ha sido encumbrado como el presidente más grande de los Estados Unidos. Thomas DiLorenzo pone en entredicho la interpretación de los hechos históricos que ha contribuido a entronizar al decimosexto presidente de EE.UU. como político y estrategia militar guiado por su deseo de abolir la esclavitud. El autor revela al lector una visión de Lincoln que no se compadece con su leyenda, hasta la fecha imposible de encontrar en la inmensa bibliografía que analiza la vida y la influencia de esta figura histórica. Y es precisamente la de dedicar su carrera política para auspiciar la Guerra de Secesión Americana con el oscuro fin de socavar la forma de gobierno descentralizada surgida en EE.UU. e imponer otra mucho más estatista y centralizada.

Esta controvertida y muy documentada biografía de uno de los presidentes más célebres de los Estados Unidos se pone a disposición de los lectores de lengua hispana merced a la colaboración entre Unión Editorial y el Instituto Juan de Mariana.

El Instituto Juan de Mariana es una organización privada sin ánimo de lucro y sin ningún tipo de afiliación política cuya misión es investigar y dar a conocer los beneficios que, para los intereses generales, proporcionan la propiedad privada, la libre iniciativa empresarial y la limitación del ámbito de actuación de los poderes públicos. De este modo, el Instituto pretende convertirse en un punto de referencia en el debate de las ideas y de las políticas públicas con la vista puesta en una sociedad libre en la que los individuos que la componen disfruten del menor grado posible de coacción institucional.

Con el fin de mantener una independencia plena, el Instituto no acepta subvenciones o ayudas de ningún gobierno o partido político. Por eso, sus actividades en defensa de la libertad se financian gracias a las ayudas que recibe de particulares, fundaciones e instituciones privadas que comparten sus objetivos. Si desea obtener más información acerca de cómo colaborar con el Instituto visítenos en www.juandemariana.org.

THOMAS J. DILORENZO nació en 1954 y actualmente es profesor de economía en la Universidad de Loyola en Maryland. Es miembro del Ludwig von Mises Institute y un destacado representante de la Escuela Austriaca de Economía. Entre sus libros publicados sobresalen: *How Capitalism Saved America: The Untold History of Our Country, From the Pilgrims to the Present*, *Lincoln Unmasked: What You're Not Supposed To Know about Dishonest Abe* y *The Real Lincoln: A New Look at Abraham Lincoln, His Agenda, and an Unnecessary War*, obra traducida que el lector tiene en sus manos.

ISBN: 978-84-7209-453-6



9 788472 094536 >